

La sopa de piedra

● TEXTO: Fábula tradicional

ILUSTRACIÓN: Caldo de Pollo

Hace muchos años, llegaron unos viajeros a una pequeña aldea de Rusia. Eran dos jóvenes y un hombre mayor llamado Iván. Estaban muy cansados y hambrientos, porque habían recorrido una gran distancia. Cuando vieron la aldea se pusieron muy contentos, y pensaron que al fin podrían comer y descansar de su largo camino.



—Compañeros —comentó Iván—, estoy seguro de que, si le decimos cuánto hemos caminado, la gente de este pueblo compartirá su cena con nosotros.

—¡Qué bueno que llegamos! Siento un hoyo en el estómago por el hambre que tengo —dijo Boris, uno de los jóvenes viajeros.



Iván se acercó a una casa y tocó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer.

—Somos tres viajeros camino a nuestros hogares. ¿Podrías compartir con nosotros un poco de tu comida, buena mujer?

—¿Comida? No, no puedo. No tengo nada que compartir con ustedes.

—Gracias —contestaron los tres hombres.

Iván se acercó a otra puerta.

—Buenas tardes —saludó.

—¿Qué quieren? —preguntó sin cortesía una voz ronca.

—Quisiéramos algo de comer. Somos tres viajeros camino a nuestra casa. Hemos recorrido un tramo larguísimo y estamos hambrientos.

—No tengo nada que invitarles —contestó el hombre desde la ventana.

Iván tocó otra puerta, pero obtuvo el mismo resultado: nadie abrió y mucho menos lo invitaron a cenar.

—¡Qué gente tan egoísta! —dijo Boris.

—No saben compartir —confirmó Mikolka, el otro viajero.

—¡Ya sé! —exclamó Iván—. Vamos a darles una lección a estas personas.





¡Les enseñaremos a hacer sopa de piedra!

—¡Qué buena idea! —dijeron sus compañeros.

Algunos de los aldeanos miraban por las ventanas, esperando que los extraños se fueran del lugar.

—¿Todavía no se van? —preguntó un viejo.

—¡Aquí no queremos vagabundos!
—amenazó una mujer.


Mientras tanto, los viajeros prendieron una fogata en medio de la aldea. Sobre el fuego colocaron una olla que encontraron abandonada en un patio.



—Vamos al arroyo por agua —dijo Boris.

—Está bien. Y no olviden traer unas piedras para la sopa —gritó Iván para asegurarse de que todos en el pueblo lo oyeran—; pero elijan unas sabrosas y redonditas.

Al poco rato, los compañeros de Iván regresaron con unas piedras y las pusieron dentro de la olla.



—Esta sopa va a quedar muy rica
—dijeron los tres.

Los aldeanos, que habían estado muy pendientes de todos los movimientos de los visitantes, salieron de sus casas y se acercaron al fuego.

—¿Qué están haciendo?
—preguntó uno de ellos.

—¡Oh!, sólo un poco de sopa de piedra —contestó Boris.

—¿Sopa de piedra? Yo nunca había oído de esa sopa.

—¿Nunca ha probado la sopa de piedra?
—dijo Iván—. ¡Ah! Entonces acompáñenos a cenar para que la pruebe. ¡Compañeros! Hoy tenemos un invitado para la cena. Debemos agregar otras piedras a la sopa.

—Muy bien —dijo Boris, y dirigiéndose al aldeano preguntó—: Disculpe, buen hombre, ¿de casualidad tendrá usted una cuchara? No estaría bien que moviéramos la sopa con una varita hoy que lo tenemos a usted como invitado.

—Sí, sí —dijo el aldeano—. Voy por ella.
—Es usted muy generoso —agradeció Mikolka.

Una aldeana se acercó para ver qué pasaba.
Una de sus amigas también salió de su casa y le preguntó:

—¿Qué hacen esos hombres?
—Dicen que preparan sopa de piedra.
—¿Y tomaron las piedras de nuestro arroyo?
—Sí, amiga, y te diré que esa sopa huele muy rico.

—Pues yo no huelo nada, qué raro.

—La verdad es que yo tengo mucha hambre.

El aldeano que había ido a buscar la cuchara regresó y además trajo su plato.

Boris comenzó a mover la sopa de piedra y luego la probó.

—¡Mmm, está muy rica! Sólo le falta un poco de cebolla.





Las dos amigas ya se habían acercado al fuego y una de ellas dijo que tenía una cebolla en su casa.

—¡Qué bien! —exclamó feliz Mikolka—. Así le daremos un mejor sabor a nuestra sopa. Traiga también su plato para que cene con nosotros.

La mujer se echó a correr y enseguida volvió con varias cebollas. Boris las puso en la olla de la sopa y después de un rato la probó de nuevo.

—¡Qué rica está!, pero con unas zanahorias quedaría mejor.

—Yo tengo algunas en mi casa —dijo otro de los aldeanos—. Voy por ellas.

Casi al instante el aldeano regresó con un pequeño costal de zanahorias muy limpias. Boris las agregó a la sopa y después de un rato volvió a probarla.

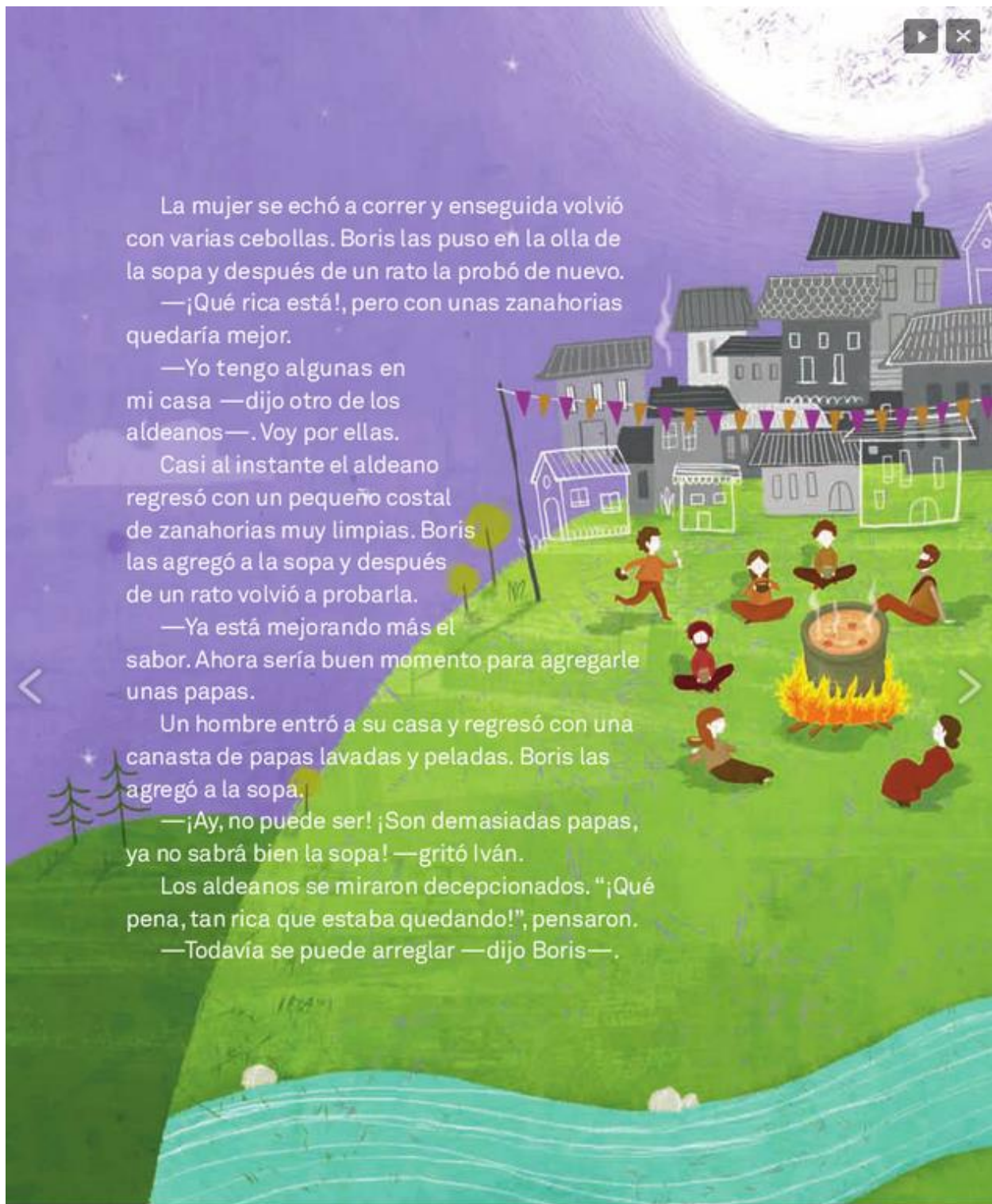
—Ya está mejorando más el sabor. Ahora sería buen momento para agregarle unas papas.

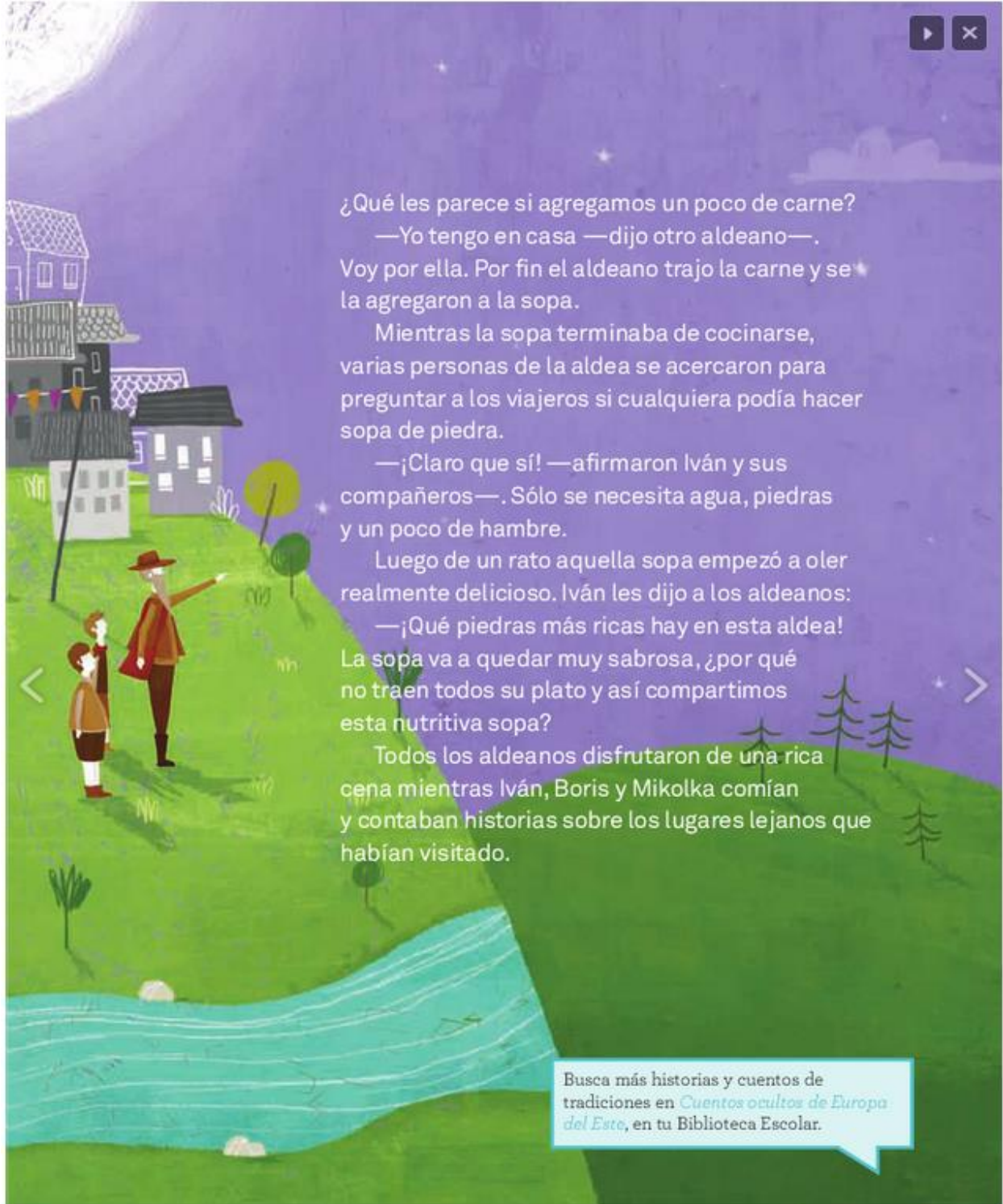
Un hombre entró a su casa y regresó con una canasta de papas lavadas y peladas. Boris las agregó a la sopa.

—¡Ay, no puede ser! ¡Son demasiadas papas, ya no sabrá bien la sopa! —gritó Iván.

Los aldeanos se miraron decepcionados. “¡Qué pena, tan rica que estaba quedando!”, pensaron.

—Todavía se puede arreglar —dijo Boris—.





¿Qué les parece si agregamos un poco de carne?

—Yo tengo en casa —dijo otro aldeano—.

Voy por ella. Por fin el aldeano trajo la carne y se la agregaron a la sopa.

Mientras la sopa terminaba de cocinarse, varias personas de la aldea se acercaron para preguntar a los viajeros si cualquiera podía hacer sopa de piedra.

—¡Claro que sí! —afirmaron Iván y sus compañeros—. Sólo se necesita agua, piedras y un poco de hambre.

Luego de un rato aquella sopa empezó a oler realmente delicioso. Iván les dijo a los aldeanos:

—¡Qué piedras más ricas hay en esta aldea!

La sopa va a quedar muy sabrosa, ¿por qué no traen todos su plato y así compartimos esta nutritiva sopa?

Todos los aldeanos disfrutaron de una rica cena mientras Iván, Boris y Mikolka comían y contaban historias sobre los lugares lejanos que habían visitado.

Busca más historias y cuentos de tradiciones en *Cuentos ocultos de Europa del Este*, en tu Biblioteca Escolar.